

# Ópera prima

Apenas emergía de la pubertad cuando escuchó su primera aria. Cuarenta y cuatro años después, la colección de óperas de Carlos Felipe Montero pondría verde de envidia a cualquier fanática. De cada seis obras en cartelera, va sin falta a cinco, y a veces con lágrimas incluidas. Y aunque no salió cantante, no piensa renunciar a los escenarios.

Por Bárbara Lichnovsky • Fotos Vivi Peláez



**C**ada sábado, entre once y dos y media de la tarde, Carlos Felipe Montero, Consejero Nacional de la CChC, tiene un asiento reservado. No en un elegante palco del Municipal, ni en el despacho de la oficina, sino en el ex estacionamiento de su casa, actualmente un refugio dedicado a la música. Y no cualquier música, porque lo que realmente apasiona a este constructor de 58 años es la ópera. Con ella se relaja, y con frecuencia también se emociona. Puede ser la perfección de un sonido o las dramáticas vicisitudes de algún personaje, no importa. “La ópera me llena el espíritu”, confiesa.

Para elegir tiene de sobra. Cerca de ochenta discos en DVD y tres o cuatro versiones de una misma obra forman parte de su colección. Es que para él no es lo mismo un director o un cantante que otro. Son “las exquisiteces de aquellos que nos empezamos a aficionar”, admite. ¿Alguna preferencia en particular? No. Todas lo conmueven o emocionan de alguna forma. Eso sí, reconoce que lo suyo es la ópera italiana: Verdi, Donizetti, Puccini, Rossini. “Es más ágil, más cercana a ti”, afirma.

El amor de Carlos por este género musical no es nuevo. Ya a los catorce años le gustaba escuchar a Julio, el pololo de su hermana, entonces un aria de *El Barbero de Sevilla*, de Rossini,

llamada La Calumnia. No obstante, fue una década más tarde que el mero deleite se transformó en pasión. Aficionado a la radio, conoció a Mario e Ivonne, una pareja de más edad con la que solía reunirse en torno a la música. Así encontró a un verdadero “operático”, el hijo quinceañero de sus compañeros de tertulia. Fue él quien le prestó *Rigoletto*, de Verdi, y un libreto traducido al castellano. “Lo escuché tantas veces, pero tantas veces”, confiesa. Y no sólo lo escuchó sino que pudo comprender lo que había detrás de esas voces melodiosas: sentimientos. “Si el personaje canta más fuerte o despacio, si llora, es por lo que está viviendo”, explica. El desenlace era inevitable, sencillamente se enamoró de la ópera.

Hoy casi no se pierde función en el Teatro Municipal. Incluso tiene su lugar secreto: en el cuarto piso, justo arriba del escenario. Tiene que estar parado durante horas, pero a él no le importa. Es que desde ese lugar, desconocido para muchos, puede disfrutar de las melódicas voces de tenores, bajos y sopranos prácticamente como si estuvieran cantándole al oído.

Carlos Felipe admite que le hubiera gustado entonar él mismo esas arias que tanto ama. Lamentablemente, la naturaleza no lo dotó del talento necesario. “El que nace sin voz se murió sin voz, aunque tome todos los cursos que quiera. Es el caso mío”, reconoce, aunque sin pena.

Sin embargo, un día encontró otra manera de expresar su carácter histriónico: el teatro. Ya a los siete años, el “pollo”, como le decían entonces por su nariz aguileña, se subía a los escenarios sin ninguna vergüenza. “Nací con una tendencia a la teatralidad”, afirma. En efecto, en el colegio no solamente participó en obras como *El Cartero del Rey*, del filósofo hindú Rabindranath Tagore, sino que incluso dirigió una academia de teatro. Claro que la universidad, el matrimonio y el trabajo lo obligaron a dejar en pausa su pasión.

Hasta que en la Cámara Chilena de la Construcción le dieron una nueva oportunidad. Luego de conquistarlos a todos declamando unas payas en la convención que se realiza cada año en Marbella, le propusieron participar en el montaje de una obra sobre el rubro. Al final terminó escribiéndola entera. Se llamaba *Yo construyo, él construye, tú contruyes.com*, una sátira sobre la relación de las empresas constructoras con bancos y ministerios. “Fue un exitazo”, afirma Montero, quien hizo el papel de un junior de apellido Méndez.

Desde entonces ha escrito tres obras más. La última fue *Contrapunto*, en la que da un giro desde lo cómico a temas más profundos como la paz y el armamentismo. Es que para él, el teatro es una manera de expresar sus sentimientos y su visión del mundo. En definitiva, es su otro amor. **EC**

